

# VIAJE DE UN ESPAÑOL Á TIERRA DE CHINA

---

## SOLEDAD (1)

Suez á la vista, es decir, un fondo de casas á orilla del agua, allá en la playa, y entre ellas y nosotros unas cuantas balandras mal cuidadas y sucias, en las que vienen árabes, aún más mugrientos, á ofrecernos dátiles, higos secos y cajitas de rajat lakum. La gente del vapor no les permite subir, pero ellos no necesitan escala, trepan por el mástil de su barca, y, cuando los bandazos descomunales de ésta los acerca, desde el tope saltan á la borda.

Uno tras otro van entrando en la bahía los vapores que nos seguían; cuando el último acaba de reunírseos, la sirena del nuestro pita, y emprendemos otra vez la marcha.

Casitas blancas de Suez, terrados á estilo de moros, y tú, canal, que tan distinto recuerdo, pronto os vi distantes, más distantes, muy distantes, y os perdí en la lejanía transparente.

Ibamos por el golfo, y á medida que marchábamos entrábame al fondo del alma el sentimiento de soledad, que cayó so-

---

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de 1.º de Julio de 1901.

bre mí la noche que salí de casa. Llevaba los ojos abiertos, mas la mirada parecía resbalar sobre lo que veía, y de retorno sólo se traía mayor sencillez de tristeza.

¡Qué lugar aquél! El mar es verde, verde obscuro, como sólo se ve allí ó en las pinturas; las tierras, que pasan á lado y lado, rojizas; el cielo, azul, puro añil desleído en un solo tono: tierras, cielo, mar, todo acaba cortado por líneas perfectamente distintas, y allí no hay nada que no sea verde, rojizo ó azul, nada más que el vapor que pasa por la desolación inmensa, y se apresura á pasar porque extraña el sitio.

¿Quién se atrevería á llamar paisaje á los montones de arena calcinada, que arrancan de la mar inmóvil y suben á buscar la bóveda azul sin que un árbol, ni un matojo de zarzas, ni una brizna de hierba cubra sus laderas? ¿Quién que pintara las dos tintas monótonas del mar y el cielo, creería en su obra luego que el original no estuviese delante?

Figúrese, señor, una vista de la tierra en los días de la creación, cuando de la mano de Dios no habían salido aún animales ni plantas, ó si no en la mañana aquella en que, después del diluvio, brilló el sol por vez primera sobre la tierra, lavada de su impureza y sus ropajes, imagínesele tan triste y solo como pueda, muy quemado, muy árido, y aun lo es más el pasaje famoso en que Asia y África se miran, y, á manera de saludo, cambian sus arenas.

Al medio día, á la tarde, siempre lo mismo: de la parte de Africa, viendo las costas de Egipto; de la parte de Asia, la Península del Sinaí.

Oí decir que se le divisaba al Monte Santo, allá entre los picachos de una sierra que cierra el horizonte del lado que el sol sale, y como me hallaba tristón y apenado, pensando sacar consuelo de su contemplación, llevé la vista á la más alta de las cimas, que era la más lejana también. Díjeme que á la montaña aquella había descendido el Altísimo; quise sentir algo, y os digo con verdad que nada sentí.

Miraba fijamente, y cuanto más miraba íbase mi imaginación más lejos, á mi tierra, á mi casa; veía á mi hijo corriendo por todas las habitaciones, y renacíame el deseo de tenerlo otra vez á mi lado. El recogimiento y la adoración que yo esperé bajarán al fondo de mi alma; á la contemplación de tales lugares no llegaban, y si llegaba á abstraerme, sólo se me ocurría que el cielo añil, tornado cárdeno, y el espacio, encendido por los relámpagos que acompañaron al Señor, debía ser horrendo. Buscaba consuelo, y el corazón se me encogió más aún. A la idea de cómo debieron ser los cielos, las tierras y los mares, el día solemne entre los solemnes del Sinaí, esperando sentir temor de Dios, me sobrecogió á modo de miedo.

#### DE DOS SEÑORES VIAJEROS Y DEL TÉRMINO DE MIS SOLEDADES

Y así continué, y así estaba al despertar la mañana del domingo, día que cumplía la primera semana del viaje, pensando en los míos que quedaban en tierra de España, calculando el tiempo que había de transcurrir para que yo recibiese la primera carta, para mi vuelta, para mil cosas más.

Lo que acabábamos de pasar, el viaje de suave deslizamiento por las aguas muertas del canal, la eterna vista de arenales terrosos, perdíase en la memoria como si fuera recuerdo de años.

Tan ensimismado estaba, que ya hacía un buen rato que andaba por cubierta cuando empecé á darme cuenta de lo que hacían á mi lado. Noté que la parte del vapor en que yo estaba quedaba sola, oí una campanilla, y pasando á la banda opuesta, ví gente descubierta, mujeres arrodilladas, y al fondo del corredor que cerraban lonas y banderas, un sacerdote que se acercaba á un altar, con el cáliz en las manos.

La misa en el mar. ¿Qué espera su merced que yo le diga? francamente, ¿que es escena grandiosa? ¿que lleva á altos y re-

ligiosos pensamientos? Así debe ser para otros, sí, señor; así debe ser, porque más de una vez lo he visto escrito; pero yo, pecador de mí, presencié tan solemne espectáculo, y á pesar de mi buena voluntad, quedéme bajo, bajo, entre las realidades archiprosáicas.

Antojábaseme que los que me rodeaban estaban rabiando porque la misa terminase, que los que leían no pensaban en lo que decía el libro, ni los otros en lo que tenían delante; y cuando el señor cura echó la bendición y se retiró con el cáliz, habría jurado que todos respiraban satisfechos como chiquillos que salen de la escuela.

Lo cual no quiere decir que tal fuera el caso, sino que á mí me lo pareció. Estaba yo empecatado, ninguna duda me cabe, y por eso, después de calumniar de descreídos á mis compañeros, se me antojó que ellos, su conversación, hasta el vapor mismo, tenían la culpa de mi falta de fervor, que si yo no me había conmovido á la vista del monte de la Zarza, y hasta casi me reí cuando ví á un fraile señalar el punto preciso por donde Moisés había cruzado el Mar Rojo, era por estar en su compañía, por ir en aquella feria sin tiendas, posada flotante ó como quiera llamarla, que yo solo, en presencia de tan sublimes lugares, habría caído postrado en adoración.

Esto era orgullo, señor mío; soberbia inmensa. Ni yo era mejor que los que me rodeaban, ni su presencia me hacía peor de lo que yo era; y si hubiese tenido tanto así de gracia, habría sentido la presencia del Altísimo allí igual que en el fondo del desierto.

Poco después, cuando bajaba á almorzar, me encontré en la escalera al Sr. Cohen. Se encaró conmigo, como si me anduviera buscando, y dijo:

—¿Ha visto usted al Obispo?

—No, señor; como la costa está tan lejos y no tenía arriba los...

Me interrumpió impacientado, y dijo:

—El que está á bordo, el Obispo católico.

Seguí mirándolo fijamente sin desplegar los labios.

—Pero, ¿lo ha visto usted?—insistió.

—¿A quién?

—Al Obispo.

—¡Ah!...

—¿Lo ha visto ya?

—No sé; quizás...

—Sí, sí; quizás — prorrumpió, y entreverando esas palabras con otras que, por fuera, parecían tacos alemanes, se marchó en busca de quien supiese dar todo su valor á la noticia.

Mientras almorzaba le ví pasar y repasar varias veces por delante de la lucera, y supuse que andaría tomando vistas del Obispo aquel que se nos aparecía sin saber cómo ni por dónde.

Cuando volví á cubierta ví á un señor grueso, bajito, con sotana morada y una cruz de oro pendiente sobre el pecho, que hablaba en medio de un grupo de frailes franciscos. Los frailes venían en el vapor desde Marsella, al señor bajito lo encontraba por primera vez, acerquéme y le besé el anillo á su ilustrísima.

—¿Español?—me preguntó.

—Sí, señor.

Es gran recomendación para los sacerdotes de todos los países, sacerdotes católicos, se entiende, el ser de nuestra tierra, y si por desgracia se añade á esa condición la de ser carlista, la recomendación se mejora en tercio y quinto.

Hablé un poco con el señor Obispo y su coro, y los dejé. Tenía prisa por encontrarme al Sr. Cohen. Apenas me vió, levantóse de su silla y me gritó:

—¿Pues no decía usted que no lo había visto?

—¿A quién?

—Al Obispo.

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?...

—¿Cómo le habla?

Sonreí, y dándole una palmadita en el hombro, dije:

—Famoso, famoso este señor Cohen.

—Pero...

—Nada, famoso; — y sin más, me senté en la silla que él acababa de dejar.

Me miraba incomodado, casi diría furioso, y todo porque no sabía por dónde tomar mi contestación. La idea de que alguien pueda reírse de él, no le ha pasado jamás por el magín. Decíase que mis palabras eran una prueba más de mi imbecilidad; pero esa explicación tan halagüeña para él, no le dejaba del todo satisfecho.

De pronto, cansado de darle vueltas al acertijo, separó de mí la vista, la fijó en un caballero que estaba frente á mí, y recobrando el tono usual de superioridad, dijo:

—Tengo el honor de presentarle á usted al Mayor Wall.

Hice una reverencia, y tendí la mano al Mayor.

—Una persona—siguió Cohen—de indiscutible mérito.

—Pues cuando usted lo afirma...—intercalé.

Me miró el Mayor, y cortando la palabra al Sr. Cohen, propuso que pidiéremos un *cock-tail*.

#### LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE VIAJE

##### SE ME PRESENTÓ UN AMIGO

Un señor que, cuando menos lo esperaba, me dirigió la palabra. Contaba para ello con el título indiscutible de hablar y discurrir en castellano.

No me había tratado antes porque me creía de otra procedencia, mejor dicho, no sabía de dónde podría ser.

—Sin oírle hablar—me dijo—conocí que no era usted francés, porque no llevaba botón de condecoración ninguna; ni in-

glés, porque comía de todo y con naturalidad; ni alemán, porque gasta usted camisola; ni yanqui, porque no le he visto pedir hielo; pero de las demás naciones no sabía cuál darle por patria, y como usted era el único que me quedaba sin clasificar, pregunté á los camareros.

Yo soy de Castres, en el Languedoc; mi madre era tortosina; ahora viajo por cuenta de una casa de Burdeos.

No crean que empleó muchas más palabras de las que dejo escritas, y si dijo más, como salieron á escape unas tras otras, se me borraron de la memoria. Aún no me había dado yo cuenta de su persona cuando él acabara de hablar, y plantado delante de mí con la gorrilla ladeada, una mano en el bolsillo del pantalón, y en la otra una pipa corta, me miraba pidiendo franqueza por franqueza.

Después llegué á estimarlo sinceramente, pero en el primer momento me cargó hasta los topes. Era un gran sujeto, con mucho, mucho corazón y un afán extraordinario por enterarse de todo.

¿De qué no se cansará uno? Hasta de ver tierra desde el mar.

Ganas tenía de que desaparecieran las ingratas playas del golfo de Suez, y algo bueno hubiera dado porque en ella quedaran el comisionista francés y mi compañero de camarote.

De noche, bajo miles de miles de estrellas que titilan en el cielo, negro de puro azul, fuíme al castillo de proa.

La tierra desaparecía en el horizonte por uno y otro lado. No habría luna hasta cerca del anochecer; el *Saghalien* marchaba, mar Rojo adelante, sobre la masa oscura de las aguas, y en el punto en que las cortaba el tajamar, dos rebordes luminosos surgían.

Eran franjas anchas de luz fosforescente que lamían las primeras planchas y se difundían en nebulosa azulada sobre el fondo obscurísimo de las olas. El mar, apoyado ante nos-

otros, parecía inflamarse un momento al romperlo el buque. Más allá de la pequeña mancha luminosa, sólo se entreveían las ondulaciones tendidas del agua.

Lenta subía la proa para bajar acompasadamente después y erguirse de nuevo. Allí donde sólo teniais delante mar y noche, y el barco entero se reducía á un punto, gozábese el placer del movimiento.

La fuerza que os llevaba á través de noche y mar, se os infundía sin notarlo. Sentiais caer la enorme pesadumbre de la nave sobre la masa líquida, y después la energía poderosa que subía la mole de hierro á la cima de las olas.

Cosa grande es, señor, el rápido avanzar entre tinieblas sobre los abismos hondísimos, y vuesa merced, que jamás ha navegado, créame que ha perdido un goce singular.

Volví á mi camarote, porque el comisionista de Burdeos se acercó canturreando.

El Sr. Cohen roncaba al compás de una polka que aporreaba en el piano no sé quién.

La majestad serena del mar borróseme de la imaginación, y volví á encontrarme una vez más en el hotel flotante de las Mensajerías.

#### NUESTRA ARISTOCRACIA

Al salir de Marsella, los personajes de á bordo eran un *baronet* y dos escoceses propietarios de islas en el archipiélago Marshall; pero al llegar al Mar Rojo los tres han sido desbancados, y la persona más distinguida de todo el barco es la *signorina*, la *signorina* Lydia Pandolfini.

Monseñor nunca pintó gran cosa.

Verdad es que en todo esto voy hablando por boca del señor Cohen, y el Sr. Cohen no es cristiano.

El *baronet* está loco y viaja para curarse. Va con él un

E. M.—Agosto 1901.

9

amigo suyo, que supongo recordará este viaje toda su vida.

Mi compañero de camarote, que sabe muchas cosas importantes, ha sacado un libro en el que se dice que el *baronet* está llamado á sentarse algún día en la Cámara de los Lores y á heredar tierras no se dónde, títulos y muchas cosas más; pero yo no me enteré bien, porque me quedé dormido mientras leía, y no sé en qué paró el cuento.

Confío en Dios, por la mucha amistad que profeso á los ingleses, que las profecías del libro del Sr. Cohen se cumplirán al pie de la letra, y el *baronet* entrará pronto en posesión de sus títulos para mayor felicidad de sus cientos de colonos y servidores.

Interin le dan su asiento en la Cámara, ha escogido como preferente uno, que vuesa merced no adivinaría si no estuviera yo aquí para decírselo, y es ni más ni menos que la borda del buque, sobre la cual, en todas las posturas imaginables, sigue los balances y cabezadas con equilibrios inconcebibles.

Y como no puede hacerlo de día, ni á las horas de la noche en que aún anda gente sobre cubierta, porque los que lo vieran se lo impedirían, espía los momentos en que su amigo duerme y la toldilla está solitaria para cumplir su antojo.

Una vez lo ví, y lo recuerdo como una pesadilla.

Estaba descubierto, en mangas de camisa, en cuclillas, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en los muslos, mirando á bordo.

Al verlo, y seguramente por debilidad mía, se me pusieron los pelos de punta.

¿Qué ideas pasarían por la cabeza aquella? ¿Qué miraría con tanta fijeza?

No era el temor de que un balance inesperado lo lanzase al mar sin fondo, no, no era afecto por él, que ninguno sentía; daba miedo la misma serenidad de sus ojos asestados á un punto de la cubierta, que quizás no viera, la pasividad absoluta con que subía y bajaba á cada cabezada del barco, la indiferencia con que gozaba de su capricho de loco, acariciado el

día entero y realizado por fin á aquellas altísimas horas de la noche. Tenía en su extravío el propio aire de frialdad sistemática con que paseaba de día por cubierta. Y si antes me causaba antipatía, desde esa noche y ese instante me inspiró lástima grandísima; por él, por su madre, por mí mismo. ¡Dios, mi Señor, y qué poco, poco, somos en este mundo!

Al cabo de un rato llegó el amigo del *baronet*, y sin mostrar extrañeza ni hacerle reconvenciones, le invitó á beber una cerveza, y juntos se fueron.

No volvió ninguno de ellos, mas yo no pude pegar los ojos en toda la noche.

Los dos escoceses son de otra madera que el *baronet*, y por más que al Sr. Cohen no le inspiran tan santo temor, á mí se me antojan más personajes que el otro.

Van á pasarse unos años en sus posesiones, viviendo con los kanakas, cazando por distracción y recogiendo *coprae* por negocio. Cuando quieren reunirse un rato se embarcan en una lanchita de vapor, y con sólo viajar cuarenta horas, ya están juntos, si el mar no ha dispuesto otra cosa ni ha habido ciclones que amenizaran la travesía.

Los tengo muy bien vistos, porque eso de repetir á lo vivo la historia de Robinsón, aunque sea con rifles y lanchas de vapor al alcance de la mano, es hazaña de las que me parecen más para leídas que para ejecutadas.

Se pasan la vida en el saltillo de popa, tendidos en dos perezosas de paja, bebiendo copas de whisky y botellas de agua de Seltz.

Pero vea que ha entrado en escena la *signorina* Lydia, y *Baronet* y *Robinsones* han sido relegados á la obscuridad, debiendo notarse que el triunfo de la *signorina* es tanto más glorioso, cuanto que nadie la ha visto ni sabe de ella con verdad cosa ninguna.

Traía tomado el pasaje desde Marsella, pero en Marsella no embarcó; pasamos por Port-Said, y nada; llega la escala de Suez, y tampoco; eso no obstante, á las pocas horas de entrar en el Mar Rojo, todos los que pasamos por delante de su camarote pudimos ver un par de botas de lona blanca, muy pequeñas, puestas junto á la puerta, y oímos hablar en italiano á dos ó tres personas, que cuando no hablaban todos á una, se reían, sin duda por no perder el tiempo.

Y no hubo más; con sólo dejar ver sus botitas y aparecer como por ensalmo, la *signorina* Lydia Pandolfini fue de una vez, indiscutible é indiscutida, la persona más notable de todo el barco.

Djedah, el puerto de la Meca, queda allá en la costa que se ve en el horizonte, y tan lejos queda, que ni acierto á divisar con certeza dónde está.

¡Qué no hubiera dado yo por entrar en él si ahora fuesen los días aquellos en que, hundido en el sillón grande del comedor, con el alma entera asomado á los ojos, leía á Julio Verne.

Hoy, en cambio, sin verlo, lo adivino; prefiero pasar lejos, y guardarme en el fondo de la memoria un nombre que no represente nada preciso y evoque escenas soñadas y perspectivas llenas de luz.

#### SOBRE LAS AGUAS DEL ESTRECHO

Bajando al Sur, cerca ya de la salida, el Mar Rojo se estrecha, y se ve la costa por banda y banda. Es la misma costa de siempre, estéril y desnuda por los dos lados; mas como navegábamos próximos á la orilla de Asia, parecía ésta más triste; hubiéramos ido bordeando la otra, y aquélla, de cierto, se nos hubiera antojado más desolada.

¡Soberbios dominios tiene el Sultán! Montañas peladas;

rojizas como montones de teja machacada, que suben con declive uniforme desde el mar verdoso hasta la cúspide, donde se alza uná torrecita blanca. Una torrecilla acá, otras algunas leguas más lejos; otra en el último pico que se divisa, y eso es todo; los montes se unen á los montes formando una pared altísima, en la cual no véis aberturas, ni resquicios, ni una senda, ni vestigios de una choza; allí no ha vivido nadie nunca, ni nadie pasa, porque semejante lugar, olvidado de Dios y de los hombres, no es tránsito para ninguna parte.

Al fin, en fuerza de acercarse, las dos tierras dejan al mar un portillo tan sólo por donde meterse, y como si aún se les antojara ancho, en medio de él han soltado un montón de tierra que divide el paso en dos.

Y allí está la isla de Perim, larga y angosta, al mismo andar del estrecho, semejante á una barcaza entre árabe y africana, anclada en medio de la corriente y que la corriente hubiese hecho virar.

En toda la isla no véis más que una casamata á una punta, un cartelillo en lo alto, un tablero grandísimo en el que desde á bordo leéis en letras enormes el nombre de Lloyd, la gran firma aseguradora de Londres, y un semáforo, desde el cual nos saluda la bandera inglesa.

Sin ver los colores habría jurado que era ella, porque encrucijada de los mares con islita por contera, es plato de gusto que no dejan ir los fieles súbditos de su graciosa majestad.

El Mayor hablaba con el Sr. Cohen y otro pasajero, pero alzó la voz en beneficio de los que estábamos menos cerca de él.

—Pues debe usted creerlo, sí, señor, y no hay motivo para que lo ponga en duda; sería una necedad sostener lo contrario.

Estas palabras de pura cortesía se dirigían al Sr. Cohen, que balbuceó no sé qué.

—Sería una necedad, porque yo conozco á los ingleses cien

veces mejor que usted, y sé cómo pasó la cosa por un capitán francés á quien conocí en Alaska.

Mi compañero de camarote hizo un gesto como indicando que ante semejante cúmulo de pruebas no había lugar á duda, y el Mayor, sin hacerle caso, prosiguió:

—Ello fue allá hacia 1857, año arriba ó año abajo. En Europa estaba aún caliente el rescoldo de Sebastopol, y la cuestión de los principados danubianos todavía sin resolver. Inglaterra, que no quería á bien ni á mal la apertura del Canal de Suez, se entretenía en poner chinitas á Lesseps, y Francia apoyaba á éste como buenamente podía.

Por la época que digo, empezó á traslucirse que el Gobierno egipcio acabaría por ceder á las instancias de los franceses, y por lo menos, si todo el mundo no se enteró, los Gobiernos de las grandes naciones lo supieron.

Un día, con gran sorpresa del Gobernador de Adén, que no esperaba la visita, vea usted que entra bahía adelante un buque de guerra francés destacado en los mares de la India:

No sé á punto fijo si el Comandante del barco se lo contó confidencialmente al Gobernador, ó si fue éste quien se caló el objeto del viaje; lo cierto es que las autoridades inglesas supieron, ó dieron por sabido, que el barquito aquel, que tan inesperadamente se presentaba, traía la misión de ir á tomar posesión en nombre de Francia, de la isla de Perim.

La noticia no pareció causar disgusto á los ingleses; proporcionaron al buque amigo lo que necesitaba, y á su tripulación, más amiga aún, le ofrecieron un banquete para aquella noche. Claro está que los franceses no pudieron renunciar al convite. ¿Qué francés rehusa un buen rato á la mesa?

Entretanto, con los preparativos de la fiesta primero, y después con el calorcillo de los vinos, se le iba despertando la memoria al Gobernador inglés, y ésta, casualmente sin duda, le hacía presente que el islote á donde iba el francés había sido ocupado antes, á fines del siglo anterior, por Inglaterra ó por la Compañía de las Indias, que venía á ser lo mismo.

De poco sirve la memoria cuando está abandonada y sola; pero el Gobernador no parecía tener memoria á secas, y despertando al propio tiempo la voluntad, y con ésta al Comandante de un vaporcito de guerra anclado en la bahía, hízole saber que no recordaba si en un islote que está á la salida del Mar Rojo, islote que pertenecía á su graciosa Majestad, se iza-  
ba aún á diario la bandera inglesa, que la noche era muy á propósito para dar un paseito por mar y poner en claro el punto, y que como en este mundo parece existir una corriente magnética que hace se nos ocurran las mismas ideas á más de un mortal al mismo tiempo, por si alguien tenía la idea de ir también por los mismos parajes, convenía que la bandera ondeara en sitio visible desde toda la costa, y que en tierra quedara un destacamento de marinería para custodiar la enseña.

Y así se hizo.

Al siguiente día, el Comandante francés dió al Gobernador las gracias por su fiesta, y despidiéndose amistosamente de él, salió á recoger en Perim la llave de la salida del Mar Rojo, en previsión de que á Mr. Lesseps le dieran en el Cairo la llave de la entrada, con cuyas dos seguridades, en manos de Napoleón III, no habría modo de que su aliada Inglaterra tomara sin su permiso el nuevo y cortísimo camino que se abría á las Indias.

El buque francés llegó á su destino, sacó la bandera que debía saludar á diario las costas del Yemen... y á poco, con la bandera cuidadosamente guardada, tomó rumbo á Oriente.

Creo que esta vez no tocó en Adén.

El Mayor cuenta las cosas con muchos detalles, y no he podido reproducir toda su historia e por b como él la refirió. Cuando acabó de hablar estábamos con la punta Sur de la isla; en una ensenada que mira á Africa descubrióse un aviso de guerra tranquilamente fondeado, y su merced quizás lo dude, mas yo tengo por seguro que todos los que lo vimos, á una y sin vacilar, creímos estar contemplando el barquito

que cuarenta años antes había burlado al Comandante francés.

La historia del Mayor podrá ser falsa; pero todos los que la oímos, y yo el primero, la creímos á pies juntillos, porque los ingleses sabido es que son modelos de buena fe; pero... qué demonio, *aliquando bonus*, y una golondrina no hace verano.

RAFAEL FARIAS.